

barricas de salazón y los maderos para construirlas. Allí estaban ya los demás parroquianos de la posada caritativa de Reigal: Medio-corpo en su carrito, la Bica temblando y riendo, el Cojo admirando la industria de los Amorós— ¡él había nacido industrial!—, y Marica de las Uñas comiéndose unos racimos robados en una huerta de otra parroquia. Nordés era el único que faltaba: todos sabían por qué: cuando iba, iba á escandalizar, no á pedir, porque los Amorós le habían dejado por puertas al robarle su barca; y delante de Dios, le debían mucho dinero, ¡retoño!

La fábrica de salazón se asentaba al borde de la playa, la extensa playa orgullo de Areal, que rodean malecones de mampostería y sillería, formando un paseo frecuentado por marineros, chiquillería oliente á sain, y pescadoras con cestos de sardinas en equilibrio sobre la cabeza. Alamos blancos corpulentos, de argentino follaje color de luna, sombrean desde afuera el patio, ante el cual (á pesar de las exhortaciones del único guardia de orden público que en Areal existe), se hacinan despojos de sardinas y calamares, el residuo de las conservas, apestando el aire, que la brisa del mar purifica. Alrededor de estos pintorescos inmundiciarios, que huelen á fósforo, agrupábanse los pordioseros aguardando la hora de la distribución.

La sangre de Finafrol dió una vuelta cuando salió por la puerta que del corral conduce á la casa, un bulto de hombre. ¡Ay!... no era Mariano. La niña no sabía que estos señoritos rara

vez madrugan... Era el mayor—el que parecía criado del otro—, y un coro de adulaciones mendicantes acogió su presencia, ¡Dios le prosperase, Dios se lo aumentase de gloria!... Giraban los desharrapados letras, endosando su gratitud al cielo... Al encararse con el de Espadanela y su guía, Miguel sonrió.

—¡Ah! ¡Me alegro! Pensé que no ibais á venir... Entrad, pasad á la cocina.

Quedáronse los demás envidiando. Para ir más pronto á la cocina particular de Miguel—no la enorme barraca donde se guisaban las conservas—era preciso cruzar el huerto, en que murmuraba una fuente. Protegida por un emparrado, abríase la puerta de la cocina, que sería algo lóbrega, á no alegrarla el rojo rubí del fogón encendido. Una mujer anciana fregaba cazuelas; aquel día era de comilona, en obsequio al santo.

—Reimunda—ordenó el fabricante—, dales un buen desayuno.

—¿Caldo? —preguntó la mujeruca, criada antigua, algo desdeñosa de los pordioseros.

—No, caldo no... Les frías huevos... Les calientas café y leche...

Y volviéndose hacia los mendigos, añadió:

—En comiendo á gusto, avisar, que tengo que hablaros.

Se hartaron. Miguel aguardaba en su despacho comercial, de aspecto árido, polvoriento. Allí pasaba el joven fabricante interminables horas uncido á su trabajo, ahorrándose cajero y dependiente, según el encogido sistema de

su padre, el viejo Amorós, fundador de la fortuna de la familia, y que tenía por máxima que «el dinero lo cría el sudor». Seguro ya de poseer un bonito capital y de sacarle interés suficiente para vivir con desahogo, Miguel continuaba al yunque, sin otorgarse un momento de solaz. Estaba habituado á trabajar, como á holgar su hermano, y se encontraba á gusto entre sus facturas y sus libros de caja, ó sufriendo los punzantes olores de los guisados para las latas, y el salobre vaho de la sardina embanastada ó salmorándose en el pilo. Sin embargo, ahora, el prosaico fabricante sentía ansias vehementes de otra cosa distinta, de una alegría en la vida obscura, de un afecto de mujer. Su soledad, su trabajo bovino empezaban á pesarle, y las palabras de su hermano acerca de lo fugaz de la existencia le acudían al pensamiento. «Me moriré sin haber vivido.»

Entraron con paso receloso el tío Amaro y la niña, y antes de invitarlos á que se sentasen, Miguel les tendió un reluciente duro.

—Ya veo que traes los zapatos, Finafrol... Ahí va el premio que mi hermano ofreció ayer...

La niña pasó la moneda al ciego, y se oyó el marmoneo de las gracias.

—Siéntate, Fina... Y usted también, tío Amaro... Oye, chiquilla: he determinado que no andes más por ahí pidiendo. No lo consentiré. ¿Quieres entrar en mi fábrica á ganar jornal?

—No sabe de trabajar, señorito—interrumpió el viejo.

—¿Que no sabe? ¿No ha de saber coger la

sardina del batiporte y echarla al pilo? ¿Qué tiene eso que aprender?

—Quiérese decir, señorito Miguel, que no está vezada en eso, y no la crié para la fábrica.

—Oiga, tío Amaro—pronunció Miguel con calma—. No trate de oponerse á que se le haga bien á la muchacha, porque perderá el tiempo. Me he propuesto que no se desgracie esta criatura, que coma su pan honradamente, y que no ande rodando por ahí, de mala manera. A usted también le saco de la mala vida. Si no prefiere que le recojan en un asilo, aquí tendrá comida, y cama mejor que el mollo de paja... ¡y me parece que le ha caído hoy un premio de lotería! Estará usted con Finafrol, que yo no le echo á la calle, ni le mando á sus años á caerse de un ribazo por falta de quien le guíe.

Hosco, sombrío silencio fué la respuesta del ciego, cuya frente rugosa parecía cubrirse lentamente de niebla. Su voluntad contenía su furia, pero le rugía dentro, mientras con una mano apretaba el duro, codiciosamente.

—¿Qué dice el ciego de Espadanela?—interrogó Miguel—¿Es mala mi proposición? ¿Comer, descansar...?

—Señorito—rezongó sentencioso el viejo,—como aquel que dice, yo estoy hecho á mi modo de andare... y ya á mis años, que me moriré mañana si cuadra, no me salé de dentro otra cosa...

—¡Bueno! Pues siga en su vagancia... Búsqese un chiquillo, un perro... Finafrol no va más con usted.

Saltó el ciego, sin contenerse, en la silla.

—¡Esa no es ley de Dios! ¡Señorito! ¡Le quitar al ciego su compañía! ¡Esa no es ley buena! ¡Y el señorito de la fábrica no es quien para le coger al pobre su hija!

—¡No es hija tuya! Si lo fuese, sería otra cosa. No tienes sobre ella derecho ninguno. Amiguño, eso acabó. Si no es por bien, será de otro modo... porque hay muchos modos de hacer las cosas, cuando la gente no anda como debe andar... Tiene usted—añadió suprimiendo ya el tuteo—la ley en contra suya. ¡Mejor será que se venga á buenas, y acepte el beneficio que se le hace!

Finafrol escuchaba en silencio. El ciego, trémulo de furor, recobró la astucia de callar. Sentíase cogido, y, como la alimaña montés en igual caso, antes de intentar la desesperada defensa última, se encogía y se encaracolaba haciéndose el mortecino.

Al fin, balbuceó una frase:

—Será como usted dice... Los pobres no valen nada, ya se sabe... Contra un pobre todos pueden...

—¡Ah, raposo!—pronunció la voz hermosa, cálida, sugestiva de Mariano, que acababa de entrar.—¿Conque los pobres, eh? Bueno, usted ya puede considerarse rico, porque mi hermano va á trabajar como un mulo para que usted descanse... y para que lo pase bien esta paloma. ¿Verdad, Finafrol, que estarás muy contenta aquí?

Tampoco se atrevió á contestar la muchacha.

Pero sus ojos, límpidos como el agua de la ría mimosa, se posaron un instante en el rostro descolorido de sueño y un poco ajado de Mariano, en su frente aún sudorosa que guarnecían los rizos del pelo oscuro,—y la respuesta fué más clara que si los labios hubiesen pronunciado palabras de abnegación y amor. Sonrió el perdido. ¡Conocía tanto aquella expresión divina, incondicional, de los rostros femeniles!

—Todo está arreglado—dijo—. El tío Amaro se paseará por donde se le antoje. Tienes un duro de mi hermano y ahí va el mío. Finafrol se queda aquí. Ayudará á Reimunda, porque en la fábrica no ha de trabajar. ¿Para que apesete y se llene de escama el cutis?

IX

Así que se retiraron el ciego y la niña, refunfuño Miguel.

—Oye, quien debe dar órdenes soy yo. Estoy en mi casa, me parece.

Mariano soltó una risa de ironía.

—Mientras no se arreglen nuestras cuentas pendientes, hermanito, estamos en nuestra casa los dos. Y además, lo que he mandado es lo mismo que tú mandabas. ¿No les proponías, que yo lo oí desde el pasillo, alojarles aquí para que no sigan mendigando?

—Sí, pero por lo mismo no tenías tú que mezclarte...

—¡Vamos, no te pongas impertinente! Mira, si te estorbo, despáchame: es bien sencillo. Mé largas mi parte... y en paz. Pero créeme: yo sé hacer estas cosas mejor que tú. ¿Pues no se te ocurría proponer á la muchacha que entrase á trabajar en la fábrica? ¿Sacarla del polvo de las carreteras y meterla en la escama apestosa de la sardina? Hijo mío, para todo hace falta un poco de estética.

—La daba una profesión honrada—protestó Miguel.

—¡Bah, bah! No parece sino que este es asunto de honradez. No seas tonto: á mí podrás enseñarme lo que gustes en materia de negocios, pero en capítulo de mujerío no me das lecciones, porque eres un infeliz... Hablemos claro, ¿quieres? A los dos nos ha parecido bien la niña, que es como una rosa. Se trata de ver cuál la camela primero: ¡somos rivales!

Miguel palideció de ira y de repugnancia.

—Eres un bárbaro—pronunció, temblando al ver desgarrado así el velo de lo que él creía secreto, y un poco sagrado ya.

—Soy franco, no hay más—contestó Mariano.—¿O es que has pensado casarte con todos los requisitos? Entonces, dilo, y te aseguro que nadie me ganará en respetar á mi futura cuñadita.

Miguel titubeó el espacio de un segundo... La idea se le había ocurrido, ó mejor dicho, había percibido la impulsión de armonizar la

felicidad amorosa con el orden y la regularidad que formaban la base de su existencia... y esto sólo podía ser dentro del matrimonio... Pero las palabras de Mariano el día anterior, alusivas á la posibilidad de una relación torpe entre el ciego y su guía, ó de cualquier otro incidente que hubiese manchado á Finafrol, cohibieron este arranque, generoso dentro de su egoísmo. La precaución del negociante poco sentimental reapareció.

—¿Estas loco?—dijo—No he pensado semejante cosa.

—¡Entonces, nos veremos!—desafió risueño el menor.

Mientras conversaban los dos hermanos, el tío Amaro salía á la playa, tanteando con la garrota. La niña quedaba en la cocina, ayudando á Reimunda á lavar verduras y restregar peroles.

El ciego, en quien los sentidos estaban afinadísimos, respiraba con fuerza el aire vivaz del mar. En su cabeza, momentos antes congestionada de sangre, las ideas se esclarecían, y la astucia empezaba á dictar planes complicados ó de terrible y rápida sencillez. Resuelto estaba el viejo á no consentir que se apoderasen de Finafrol, *¡que le pertenecía*, que no pertenecía á nadie más! Revueltas las heces del dolor, el instinto de devolver mal por mal, de herir, porque tantas veces le habían herido, asomó pujante y bravo, como gato montés que sale de su guarida.

Una voz familiar le interpeló.

—¿Aonde va tan solo, tío Amaro?

Era el vocejón turbio, atascado de tabaco, de Nordés.

—Por ahí... Finafrol queda en la fábrica echando una mano en la cocina...

—Vamos, sí—asintió Nordés—. Como hoy es el santo del señorito Miguel..., ¡que maldito sea! Y habrá gran comilona... ¡Cosas de ricos! Nosotros, á nos apretar la barriga. Nos quitan hasta el trabajo...

—También nosotros vamos hoy á disfrutar—advirtió el viejo, que oprimía entre les dedos tiesos por el reuma dos duros.—Yo te convidó, rapaz: vamos á casa del *Bonito*.

Se encaminaron á la taberna, que era á la vez tenducho de aceite y vinagre. El dueño les miró con alguna desconfianza, pero el tío Amaro echó un duro sobre el mostrador, recién fregado con cloruro, que olía á muerto.

—Está bien, está bien—refunfuñó el amo, que debía su sobrenombre á la perfección de unas facciones de angelote bobo, hoy borradas por la grasa. Y, sin preguntar, sacó caña, vasos, y, para Nordés, el único hambrón, pedazos de bacalao frito y huevos duros. El ciego pidió que les pusiesen la mesa en sitio retirado para que no le viesen comer «cosas buenas», y se instalaron en un rincón de la cuadra, ahora vacía, y á veces ocupada por caballejos de trajinantes.

El ex-marinero devoró. La cañita empujaba el condumio y desataba la lengua. Sólo que Nordés, al charlar, se ponía más sañudo y la-

crimoso, al paso que el viejo, sin dejar de afizarse caña, guardaba la cauta actitud de un preguntón.

—Vamos, que te echaron á pique—decía de vez en cuando, moviendo la cabeza.

—Sí, señor, á pique—gimoteaba Nordés.—Un hombre tiene su bote para se ganar la vida, y le prestan cuatro cuartos, á cuenta de lances de sardina... y luego disen que no sirve para remar, que se le acabó la fuersa... y le llevan su bote, porque no ha pagado los cuatro cuartos del empréstamo... y lo echan á pedir limosna por el mundo adelante, que es una verjuensa, cuando el hombre se había ganado siempre con honra el taco de pan, ¡retoño!

Era la vieja manía de Nordés, el declararse expoliado por los Amorós, despojado de su barca, aprovechándose de su enfermedad para presentarle como un inválido, un inútil. Los otros marineros, que recordaban hechos y sabían cosas, se reían de la tema, pero aquel día, el ciego de Espadanela le dió la razón plenamente, lo cual exaltó más á Nordés.

—Un hombre, cuando le hasen una, no se queda así—declaró el ciego.

—¡Ay, señor Amaro!—barbotó el marinero.—¡Los pobres no tenemos poder!

—No tenemos poder para reponernos; pero, ¿tú viste lo que hase el cangrejo, con perdón? No se repone, pero como pueda agarrarte con la tenasa, te fastidia. Yo, en tu pellejo...

—¡No se puede haser nada! ¡Nada! ¡Hay que se dejar robar! ¡Mi barca, me la han quitado, y

ahí la veó en la playa todos los días, y no soy dueño de sacarla á la mar, ni una tarde, para me divertir en coger panchos! ¡Quien se divierte en ella todos los días es el señorito más joven, D. Mariano, y no me aseta para remar, que rema él!

—Eso es haser burla de un hombre.

—Hay que poner la cara para que nos arreen la bofetada, y dar gracias ensima, retoño.

—No lo había de sufrir yo.

—No tendría mas remedio.

—Ya discurriría, que hay mucho que discurrir.

—Pues venga discurso, que yo tengo ojos.

—No eres hombre para haser lo que yo discurra.

—Soy hombre para todo—Y con énfasis brutal, el marinero se golpeó el negruzco pecho—. ¡Soy hombre para meterle á cualquiera un cuchillo por las tripas, me parto...!

—Calla, brután... ¿Quién piensa en cuchillos? El chiste es que se queden sin el bote que te robaron...

Nordés exhaló un gruñido de asentimiento.

—Una noche pego fuego al bote.

—No, parvo, que entonces se sabe que fuiste tú! Eso se ha de haser de otra manera mejor. Yo te esprico, y tú, cuando yo te diga, haces lo que yo te esprique.

—Boeno, Sr. Amaro... Ganas tengo de jugarles la mía... ¿No será nada que tenga que ver con la justisia; me parto en ella?

—No se poderá meter en nada la justisia,

que es el demonche para los pobres, ¡ya se sabe! Tú llévame á caron de la barca, y te diré...

Y los dos mendigos, temblones de piernas á causa de un principio de embriaguez, salieron de la tasca por la puerta de la corraliza.

X

Miguel durmió poco y mal la noche que siguió á su conferencia con los pordioseros—la primera noche que una mujer joven y hermosa pasó bajo sus tejas de celibatario.—Planes y sueños, inquietudes de lo presente y figuraciones de lo porvenir, le tuvieron en acalentrado desvelo.

Lo que éstorbaba á Miguel en sus ánsias sentimentales, era su hermano. Debe decirse que Mariano, con toda su jactancia de galanteador, se mostraba en esta ocasión prudente, y parecía haber tomado en cuenta las advertencias de Miguel sobre el respeto á la criatura acogida en el hogar. No se le veía mostrarse insinuante con Finafrol. Sin embargo, mientras él estuviese allí, Miguel no podía adelantar un paso en la intimidad con la muchacha. Era, si no el enemigo y el rival, por lo menos el testigo importuno, burlón, molesto. No había más que un medio de librarse de él; y este medio era el mismo que la inteligencia comercial del fabricante aconsejaba: dar pronto y sin más revi-

ravuelas defensivas al perdido su parte, y que se fuese por esos mundos otra vez, á violentar á la fortuna ó á que le echasen á presidio.

Como hombre práctico, Miguel comprendía la utilidad de desenredar la maraña de la herencia. ¡Cada uno lo suyo! La sangre catalana hablaba alto.

Mientras disponía la entrega, con actividad, Miguel observaba á la niña, y la observación disipaba parte de sus sospechas acerca de la índole de las relaciones de la mendiguita con el ciego. La pureza deslumbra como el resplandor de la nieve, y el modo de ser y de conducirse de Finafrol respecto al tío Amaro era al mismo tiempo filial y castamente reservado; no permitía duda. Igual recato que con su antiguo amo y tirano, mostraba Finafrol con el joven fabricante. En medio de su alegre dulzura, de su humildad infantil, Finafrol descubría el instinto tan profundamente femenino del pudor, señuelo del alma del hombre. Bajo la arena de su vida errante había brotado en estrecho y recogido capullo esa azucena rosada de la vergüenza, semejante á las que, en los arenales y playas de la región, dan una nota viva en el otoño. Y Miguel entre sus facturas y sus libros de caja, se sentía preso, embarbetado por el ganchillo dulce, atraído por el cebo delicioso...

Un nuevo encanto de Finafrol consistía en el rápido aseñoritamiento y embellecimiento de su persona. Es asombroso lo pronto que suelta la mujer joven la rugosa envoltura de la crisálida, la parda deformidad de la miseria y

saca á luz los colores aterciopelados de la hermosura. Miguel había dado á la muchacha dinero en concepto de salario adelantado, y ella lo empleaba en asearse y acicalarse, con modesta coquetería. Su magnífico pelo de seda lasa, del tono de la espiga madura, formaba ahora bien alisada cortina alrededor de su frente, y hacía resaltar sus matices blondos un lacito travieso, de negra cinta de velludo. Su purificada tez tenía los tonos nacarinos de las conchillas de la playa. Sus pies limpios se encerraban en *bebés* de cordero negro, abrochados sobre tersa media de azul algodón. Sus dos ó tres trajecillos de percal, incesantemente lavados y planchados, eran claros, con pintas ó rayas. Sus manos empezaban á perder la rudeza de la vida mendicante, los estigmas de la vagancia; sus uñas crecían, y se las cortaba con la tijera de coser. Nadie la había enseñado á tener primor, ni á labrar de costura, sino allá antaño en la escuela, pero por instinto ella propendía á todo lo femenino, y hasta á todo lo señorial—atavismo quizás;—la sangre del caballero que—según la leyenda—daba azul á sus venas menudas. Al ayudar en la cocina á la vieja Reimunda, se ponía un niveo delantal, y al servir á la mesa, lo hacía con ligereza y cuidado, sin manchar los manteles ni derramar salsa de las fuentes. Preparaba el café con inteligencia y perfección. y colocaba en medio de la mesa un jarro de cristal azogado, de esos que tanto abundan en Areal y en los pueblos de la costa, lleno de flores cogidas en el huerto, hortensias, ramas bien

olientes de *testa*, ropero y mejorana, para alegrar más la blancura de los manteles. Secretamente se había comprado en el Bazar un tarro de violeta, pero como los perfumes se delatan, al acercarse con los platos de la comida, Miguel percibía el olor de la niña, que trastornaba sus sentidos. ¡Que se fuese Mariano cuanto antes! ¡Que se llevase lo suyo, y dejase á los demás vivir! Por apresurar el despacho del negocio, Miguel tuvo que emprender cortos viajes á Marinada, idas y vueltas en el coche de línea que diariamente hace el trayecto á la capital. Una desconfianza propia de enamorado le movió á decir á la anciana criada:

—No se aparte de Finafrol... No la deje sola con nadie...

Temía á Mariano, á sus mañas de conquistador, á su incorregible voluntariedad.

Pero Mariano hacía especial estudio en aparecer respetuoso con la niña.

No quería precipitar los acontecimientos, seguro de que todo llegaría á su hora, en oportuna sazón. Sin ser fatuo, Mariano era experto, y conocía al vuelo lo que inspiraba. Sidora, por otra parte, no sabía disimular: no era hipócrita como el ciego: sus ojos de aguamarina dejaban trasmanar el alma. Desde la primera vez que se encontraron con los de Mariano, lo que expresaron no tenía otra interpretación sino la verdadera. ¡Mariano solía reirse de los que preguntan á la mujer si son amados, y exigen respuestas verbales, categóricas! La mujer se entrega con la mirada, con ese flúido divino que asoma á las

pupilas é irradiá fuego de pasión. ¡Bah! No necesitaba él preguntar á Finafrol su sentir... Lo que más convenía era dejar madurar el fruto, al sol de otras miradas, de gestos, de palabras que no dijese nada sino por la expresión del rostro y la magia de la voz. Había notado bien Mariano el efecto de su voz sobre Sidora: al oírle, la emoción hinchaba el pecho de la niña, y á veces traía lágrimas á sus pupilas veladas por denso pestañaje. El magnetismo de aquella voz varonil y un poco triste, con cierto ceceo adquirido en América, sería milagroso... si no fuese tan natural. Aunque la ciencia llegue á esclarecer muchos misterios, no será fácil que dé explicación satisfactoria de cómo en amor se producen ciertos hechos anormales, y se crea una psicología especial. La importancia que adquiere una palabra, un acento, un dicho insignificante, sólo se puede comparar á los fenómenos de la sugestión hipnótica, que producen la abolición de la conciencia propia y paralizan la voluntad. No necesitaba Mariano ni rondar, ni cortejar, ni acosar, ni acechar á Finafrol para arrebatárle la primer caricia, que prepara la segunda; al contrario, la habilidad era adoptar un método de aparente exquisita reserva, y no aprovechar por el momento los viajes de su hermano. ¡Ya vendría ocasión, ya vendría rodada!

En nada alteró Mariano su vida de costumbre cuando Miguel tuvo que ausentarse: unas horas gastadas en el café, en partidas de billar y de otros juegos menos inocentes, aunque no peli-

grosos, pues en Areal no había *puntos* fuertes; otras horas invertidas en largos paseos por el mar, en la embarcación de Nordés, pescando *panchos*; y sólo alguna vez, al encontrar á la chiquilla en el huerto dando de comer al ave-río, cogiendo legumbres ó tendiendo sus vestidillos recién lavados al sol en unas matas, diálogos cortos, sin nada de amor en las palabras, todo amor en la sonrisa, en el lucir de los ojos, en lo significativo de las chanceras preguntas... Y era de sobra, é inútil cuanto se añadiese. El alma de la niña se había hincado de rodillas, sus ojos habían reconocido la entera cautividad. Cuando el señor y dueño mandase, sería obedecido... Mariano, al apartarse de ella, sonreía echando atrás su cabeza artística, los bucles cuidados y desaliñados á la vez de su pelo más largo ahora.—«¡Tuviese yo tan segura la combinación para hacer saltar la bancal!»

XI

Entre los mendigos, el encumbramiento de Finafrol daba no poco que hablar. En el Asilo de los Reigal no se comentaba otra cosa. ¡Suerte como la del tío Amaro! ¡Mantenido, regalado, sin hacer nada! ¡Y aún no estaba contento el condenado, rayo en él! ¡Y le sobraba dinero para convidar todos los días al pellejo de Nordés en la taberna del Benito! ¡Y también *rosma-*

ba Nordés, después de caerle tal chiripa de con-vites! Marica de las Uñas renegaba. «¡No es la suerte para quien la merese! ¡Á ella no la convidaban nunca! Una vez que se acercó á los bebedores, la echaron con mil maldiciones, pauliñas y plagas. ¡Estaban en una conversación tan calladita que no querían escuchas!» Y la garduña guiñaba el ojo maliciosamente, dando á entender que á ella no la engañaban aquellos dos, que sin duda sacaban buen jugo á la residencia del ciego en casa del rico fabricante...

Los domingos, toda la pobretalla de los antiguos compañeros de Finafrol se descolgaba á la puerta del corralón, sombreado por los álamos blancos, pidiendo gollerías... Creían que la niña podía darles, no sólo dinero, sino comida y ropa; y prorrumpían en himnos aduladores á su belleza, á su majencia, con la nueva manera de vestirse y de peinarse que ahora tenía. Y se oía el marmoneo admirativo de la centenaria, susurro sin dientes, baboso:

—¡Asús, Asús bendito, mi madre de los Dolores, San Mamed nos valga! ¡Pareces la Reina, rapaciña! ¡Qué fortuna, mujer, qué fortuna!

Mariano, un día, le puso en la mano un billete de cinco duros, para que tuviese con qué hacer limosna. Y fué una alegría infinita para Finafrol poder distribuirlo. ¡Tenía también esto, como herencia de aquel «señor» misterioso que la había traído á este mundo... ¡Dar! ¡Qué goce! La niña quisiera despojarse de lo que llevaba puesto, con actitud bizarra y generosa,